

¡Qué triste es! -murmuró Dorian Gray con los ojos todavía fijos en su propio retrato-. ¡Qué triste es! Envejeceré y seré horrible, y espantoso. Pero este cuadro permanecerá siempre joven. Nunca será mayor que en este preciso día de junio... ¡Si fuera solamente al revés! ¡Si fuera yo quien estuviera siempre joven y el retrato el que envejeciera! ¡Por eso, por eso, daría yo todo! ¡Sí, no hay nada en el mundo entero que no daría! ¡Daría mi alma por eso!

Wilde, O., El retrato de Dorian Gray, 1891

Futuros adultos

Se harán adultos, o lo que nosotros confusamente entendemos por tales, en las primeras décadas del siglo XXI. En los sectores medios urbanos crecieron con el televisor encendido durante la tarde, durante las comidas o durante todo el día; crecieron con jugueterías llenas de mercaderías que se renuevan y tientan permanentemente, con ropas diseñada para ellos, con boliches bailables desde la pubertad, con casetes, CDs, videos, videojuegos; con mucha música y mucho

fútbol, con una publicidad que aprendió del psicoanálisis a apuntar su munición a los deseos infantiles inconscientes sin dejar funcionar mínimamente a la razón. Crecieron sobreagendados. En los sectores medios y altos tuvieron clases de inglés, computación, escuelita de fútbol, natación u otros deportes, inclusive después de la doble escolaridad. Mientras los hijos de familias humildes seguían ocupando el lugar de "bien" de sus padres, teniendo que contribuir con trabajo al sustento familiar y con tareas en el hogar, y los de sectores altos llevaban el consumo a cifras siderales, pero también eran considerados bienes familiares a la hora de invertir en determinadas profesiones o en ciertas alianzas matrimoniales, los de sectores medios pasaron rápidamente a convertirse en una carga económica sin rédito a la vista. Con adolescencias que se prolongan cada vez más, estos padres tienen que mantener a sus hijos durante décadas sin esperar ningún retorno, incluso sin esperar cuidados en la vejez, ya que esto ha dejado de ser un imperativo social. En pocas décadas, la adolescencia pasó de ser una moratoria a convertirse en un crédito a pagar por los padres.

En todos los sectores sociales, los chicos crecen conociendo una rica diversidad de grupos familiares que, en décadas anteriores, sólo habían aparecido en los más humildes: familias tipo, grupos monoparentales con madres o padres al frente, grupos poliparentales en los que conviven hijos de diferentes matrimonios. Conviven con diferentes modelos adultos en los hogares, en las escuelas, en los clubes y en los barrios. Con una enorme cantidad de información disponible a través de la televisión, revistas, diarios, computadoras, Internet y libros -impensable para sus abuelos-, que no necesariamente saben o quieren aprovechar. Con un desarrollo artístico y publicitario de la imagen que los hace expertos en su decodificación. Con una mezcla de represión y desinhibición con respecto a la sexualidad, producto de cierta inercia decimonónica mezclada con liberación sesentista y miedo al sida. Crecen en una subcultura creada para ellos por adultos que no quisieron dejar de ser adolescentes, que los ubica en el lugar de dioses y diosas. Viven experiencias familiares que pueden ser muy distintas, en medios de diferentes posibilidades económicas, pero todos, desde los más ricos a los más pobres, están

rodeados por la llamada "cultura adolescente". Cuando se reúnen en el boliche o en la esquina no importa que hayan recibido normas morales, que hayan sido iniciados en diferentes ritos religiosos, que nunca hayan escuchado hablar de alguna norma; todos se incorporan rápidamente a un código de transmisión oral que forma parte de esa subcultura. Y, en general, lo respetan.

Si la "buena educación" comenzó a ser demolida en los 50 por jóvenes blancos norteamericanos que imitaban a los negros en el vestir y en el bailar, dejando de lado los rígidos moldes burgueses, el proceso todavía sigue profundizándose. Los *jeans* que suplantaron la ropa "de vestir" pasaron a ser tan comunes que hubo que buscar nuevas transgresiones, aquello que la burguesía había declarado asqueroso reaparecía en la superficie. La ropa pasó a usarse sucia y rotosa, las "malas" palabras aparecieron en el lenguaje cotidiano y en los medios masivos, emergieron los eructos, los gases, los dedos en la nariz, los estornudos sin nada que los trabe, las escupidas de los futbolistas sobre el césped con las cámaras enfocándolos. Fue el retorno de lo reprimido, de todo lo fisiológico que espontáneamente manifestaban campesinos y obreros -y que la burguesía reprimió con tanta rigidez-, que reapareció para divertir cuando ya resulta muy difícil divertir, dado que hay tan poco reprimido. Por otra parte, para esta generación, saludar, pedir por favor, agradecer, pedir permiso resulta antiguo, por lo que se niegan a utilizar esas formalidades, o bien lo hacen en un tono de "no tengo más remedio" que anula el efecto amable de las palabras. El tuteo o el voseo se han generalizado de manera tal de olvidar el uso del "usted" apenas la estructura de la oración se complica un poco: "yo le dije lo que usted quería pero, viste cómo es..." Lavar un vaso o un plato que se haya usado o, incluso, hacer correr el agua del inodoro después de utilizarlo, pueden entrar también en la lista de lo que no es "joven".

La publicidad y el consumo han crecido con ellos y forman parte importante de sus vidas. Excepto aquellos que no disponen de casi nada, todos pueden consumir algún producto que la industria les pone a disposición: tequila, cerveza o un cartón de vino; la diŕco de moda o la «bailanta», las zapatillas más caras o las de menor precio; un CD

o un casete; un recital o verlo por televisión; Cocaína, marihuana o pegamento. La publicidad también los ubica en el lugar de modelo social. No sólo vende productos para ellos, con jóvenes lindos, sino que vende también, con esos modelos, productos para adultos que no quieren perder la juventud o que fantasean con no haberla perdido. A veces son presentados como ídolos, ideales de juventud y de belleza: modelos de las pasarelas, actores y actrices de tiras televisivas, cine y videoclips, rockeros, deportistas de alta competencia. Otras veces aparecen como lo peor de la sociedad; sucios, desprolijos, maleducados, vagos, consumidores de drogas y generadores de violencia. En otros casos son mencionados como víctimas, en diferentes grados, de la violencia adulta. Constantemente aparecen en los medios denostados, idealizados o generando preocupación.

Para esta generación, la cuestión de la diferenciación por género se manifiesta de manera contradictoria. En algunos sectores se ha ido disolviendo y ha ganado lugar el modelo "unisex", que abarca la vestimenta, los gustos musicales y deportivos, el arreglo del cabello, el uso de adornos y tatuajes. Pero también aparecen, sobre los parlantes de las discotecas, bailando y mostrándose como modelos, jóvenes que explotan las diferencias genéricas al máximo: ellas con ropas sexy, buenas curvas y muy delgadas; ellos con cuerpos trabajados -en gimnasios y con ayuda de anabólicos-, ropas más o menos clásicas, pero "masculinas".

De todos modos, como decía aquella vieja publicidad de cigarrillos, las muchachas del siglo XXI han recorrido un largo camino. Si sus abuelas dejaron cualquier otro interés por sus maridos e hijos, si sus tías abuelas sacrificaron la familia por algún trabajo o profesión, si sus madres hicieron malabarismos culposos en función de cumplir con la familia y la profesión o el trabajo, ellas pertenecen a una época en la que, hagan lo que hicieren, la consigna es no preocuparse, no tomarlo a pecho, no angustiarse demasiado. En contraposición con sus abuelos, estos jóvenes, varones y mujeres, no se sienten frágiles ante casi nada. Por el contrario, exhiben, respondiendo al lugar ideal que se les otorga y a la edad que transitan, una imagen de omnipotencia que en algunos momentos parece impermeable a la lluvia, al frío, a comer comida chatarra, a pasar días sin dormir.

Parecer o parecer

La adolescencia ha sido definida como una etapa de la vida propia de sectores medios urbanos, identificable por un modo de vida, un modo de vestir, gustos musicales, un aspecto físico. Los sectores populares no tienen la posibilidad de disfrutarla. El trabajo, los embarazos prematuros, no permiten vivir esa moratoria; la falta de dinero no permite sostener la ilusión de ser eternamente jóvenes a los adultos pobres que, por el contrario, envejecen prematuramente dadas sus difíciles condiciones de vida y su poco acceso a la atención de la salud. Vivir una etapa en la cual los padres se ocupan de la supervivencia y de los estudios para dedicarse a hacer una formación que proporcione mejores posibilidades en el futuro ha sido desde el comienzo un privilegio propio de sectores medios para arriba. Pero, en la segunda mitad del siglo XX, pasó a ser mucho más que eso. Más allá de que los jóvenes utilizaran ese tiempo para formarse y más allá de que olvidaran haber contraído alguna deuda por ello con sus padres, la adolescencia pasó a constituirse en un momento privilegiado que había que vivir intensamente, sintiéndose exponente del ideal social, creyendo que todo le era debido por ocupar el lugar de lo admirado.

Una parte de la generación que llevó a la juventud al escenario -aquellos jóvenes de los años 50 y sobre todo de los 60- pareció no resignarse a terminar la fiesta y consiguió ubicar sus ideales, transformados en bienes de consumo, dentro del mercado. Fue la generación que inauguró el uso del término "viejos" para llamar a los padres, por entonces adultos. Fue la generación que acompañó el auge del hiperconsumo y, dentro de él, la aparición casi cotidiana de objetos y servicios para jóvenes. En esa industria de la cultura adolescente, consiguieron lugares de importancia ex jóvenes que se negaron a convertirse en adultos, por lo menos en adultos como ellos los habían conocido. Fueron los primeros adultos adolescentes. Expertos en el manejo de la comunicación y de la imagen, lograron competir muy fácilmente con la "cultura adulta", que rápidamente quedó, a su lado, vieja y antigua, poco interesante. Mientras esa "cultura adulta" del estudio y el trabajo sigue de día, la adolescente se desarrolla en otro

espacio-tiempo: la noche. Mario Margulis la ha denominado, por ese motivo, "cultura de la noche".

La noche aparece para los jóvenes como ilusión liberadora. La noche comienza cada vez más tarde. Se procura el máximo distanciamiento con el tiempo diurno, con el tiempo de todos, de los adultos, el tiempo "reglamentado"; la mayor separación entre el tiempo de trabajo y el tiempo del ocio. Este tiempo distanciado, conquistado a contracorriente de las costumbres y los hábitos, este tiempo especial, parece propicio para la fiesta.¹

¿Por qué "ilusión liberadora"? Porque esa liberación es ilusoria en la medida en que no son los jóvenes quienes crean las reglas, regulan el espacio, los horarios. También ilusión liberadora porque el mundo de la inseguridad, del desempleo, de la violencia, de la pobreza, del pesimismo que arrastra la sociedad adulta actual queda afuera de los decorados plásticos, la bebida, la música densa, la belleza juvenil. Por eso, esta cultura destinada a los adolescentes crece y se mantiene con éxito: opone un mundo perfecto a las imperfecciones cotidianas, opone el "está todo bien" a la queja y al pesimismo permanente. En este ambiente, los adultos - adolescentes consiguen mimetizarse con sus ídolos, los jóvenes. De noche, todos los gatos son grises y todos pueden parecer jóvenes bajo las luces estroboscópicas. Dirá Friedman:

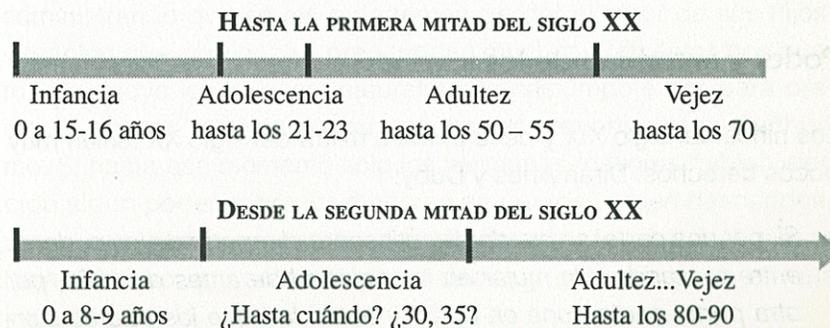
El término "cultura joven" reconoce el poder de los grupos de pares entre los jóvenes; en parte es un saludo a los medios masivos de comunicación y sus celebridades, que en su mayoría son jóvenes y bellas; pero, fundamentalmente, la frase tiene que ver con elecciones de comportamiento hechas por la gente que no es ella misma joven en absoluto. Quiere decir que la gente más grande se ha liberado de los clásicos estereotipos de la edad; puede, si quiere, adorar la juventud, comportarse como jóvenes; puede (y lo hace) adoptar los estilos y costumbres de los jóvenes. Así, la llamada cultura de la juventud en realidad es una cultura de gente que no es joven, pero que ha decidido disolver su adultez y absorberla en modelos una vez considerados adecuados para los niños y los adolescentes.²

La cultura de la noche excluye a los adultos, o por lo menos a quienes parecen adultos, es decir, que acepta solamente a los adultos-adolescentes. Al hacerlo, crea una ilusión de homogeneidad, de "somos sólo jóvenes". Sin embargo, subraya Margulis:

La cultura de la noche tiende a reproducir, a develar y aun a exacerbar los sistemas de dominación y de legitimación vigentes en la sociedad. Las formas de diferenciación y de exclusión social son tal vez más brutales y manifiestas que las que se aprecian en la vida diurna.

La cultura adolescente es amplia, incorpora de todo: desde quienes no viven sin un porro o mezclando alcohol y cocaína a los "straight" que dicen no beber, ni fumar ni drogarse, ni tener sexo; desde "punkys" de crestas de gallo a "chetos" vestidos con las mejores marcas del mercado; desde hippies que recrean los años 60 a modernos que se ubican en la vanguardia artística. En ella se cruzan el rock y la cumbia villera; todos tienen en común ser jóvenes y parecerlo, vivir la noche adscribiendo a alguna "tribu" urbana y, además de cualquier otra cosa, amar la "fiesta" aunque ésta se desarrolle de variadas formas.

Un efecto importante que ha producido este cambio cultural fue el modificar la duración de las etapas de la vida. Tradicionalmente, existía una relativamente larga infancia, que terminaba apenas a los 15 o 16 años; una adolescencia muy corta, que nadie quería extender y que se intentaba dar por terminada a los 21 o 23 años, con el trabajo y/o el matrimonio. La adultez se extendía desde esa edad hasta los 50 a 55 años y la vejez era breve, dada las cortas expectativas de vida.



Como se intenta esquematizar en el gráfico en la segunda mitad del siglo XX las cosas cambiaron: la infancia se acortó, ya que a los 8-9 años los chicos comienzan a ser estimulados para adolescentizarse: ir a bailar, vestirse como sus hermanos mayores, escuchar rock; la adolescencia se extiende desde la pubertad hasta un punto mal definido que puede llegar hasta los 30 a 35 años o no terminar nunca, porque ya no hay necesidad de salir de ella, dado que llegar a la adultez ha dejado de estar valorizado y mantenerse joven es lo ideal. La adultez queda diluida ante el desprestigio sufrido y se oculta bajo la máscara de juventud que debe presentar todo adulto, mientras se pueda, bajo el riesgo de caer en la ignominiosa vejez. La vejez puede comenzar temprano si no se es capaz de mantener esa fachada y termina cada vez más tarde gracias a las mejores condiciones de vida. La prolongación de la vida y el mayor número de viejos que consiguen llegar a esa etapa no ha hecho más que aumentar su desvalorización.

La sociedad actual permite "elegir", entre tantas otras cosas, la edad que se quiere tener, eliminando los compartimentos rígidamente definidos. Una de las elecciones es la de parecer joven. Se puede. Y hemos sido los adultos los que creamos esa opción, básicamente porque está destinada a nosotros. Llamativamente, el tema de las apariencias fue duramente criticado en los años 60 como una lacra decimonónica, pero fue reciclado rápidamente para seguir ocultando. Si antes se ocultaba lo considerado deshonesto, inmoral, ahora se oculta lo feo y lo viejo, pero el mecanismo resulta muy semejante.

Poder y autoridad de los jóvenes

Los niños del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX tenían muy pocos derechos. Dirán Aries y Duby:

Si, por una parte, se puede discutir sobre el reparto de los poderes entre el marido y la mujer en la sociedad de antes de 1950, por otra parte, nadie pone en duda la autoridad que los padres ejer-

cían sobre sus hijos: los hijos no tenían ningún derecho a llevar una vida privada. Su tiempo libre no les pertenecía: estaba a disposición de sus padres, quienes les encomendaban mil tareas. Vigilaban estrechamente sus relaciones y se mostraban muy reticentes frente a las camaraderías extrafamiliares, incluso frente a las anodinas.³

Los niños pequeños tenían como tesoros aquellas posesiones que podían esconder de la vigilancia materna en los bolsillos o en el fondo de algún cajón: piedritas, una moneda, cualquier cosa. Ni ellos ni sus hermanos adolescentes disponían de dinero más que a través de algún regalo familiar, cuyo gasto sería convenientemente supervisado.

La aparición de los jóvenes en el escenario social cambia totalmente el panorama. Éstos consiguen, en los años 50, ir entrando en el mercado de trabajo, los fines de semana, en las vacaciones. La gran depresión favoreció que se les permitiera tener algún ingreso propio. Más tarde, el mercado los descubre como consumidores y comienza a producir para ellos. Cada vez hay más para consumir, cada vez se necesita más dinero. Si no lo pueden conseguir por sus medios, lo piden a sus padres. Los padres tienen en contra todo el peso de la publicidad que los supera, apuntando directamente a niños y jóvenes que comienzan a exigir. Aparece una forma de poder que los hijos pueden usar: el descrédito social. Si los padres no satisfacen sus deseos quedan mal ante aquellos que sí lo hacen, quienes, además, mejoran su status mostrando cuánto gastan en sus hijos. Por otra parte, los padres que no suministran lo que se les pide temen perder el amor de sus hijos, situación que comienza a preocupar a muchos. Con estos dos puntos de apoyo los jóvenes, naturalmente casi impotentes para presionar en sus hogares, logran mucho, en algunos casos muchísimo. Si hasta ese momento sólo los hermanos mayores habían ejercido algún poder sobre los menores en riguroso orden descendente, en este nuevo escenario, el más pequeño de los bebés puede lograr mucho con sólo estirar su dedito y gritar un poco en una juguetería.

Este grupo sólo toma en cuenta todo lo que tenga que ver con propuestas concretas, no aceptan grandes proyectos a futuro (a lo sumo estudiar y no en todos los casos), siempre está situado en el "ahora", por eso, los productos o servicios que se les ofrezcan deben tener un resultado, por mínimo que sea, en el corto plazo.⁶

Aparecen como jóvenes educados por el mercado más que por sus padres, quienes primero no quisieron y luego no pudieron ponerles límites. Las generaciones más viejas creían que la tolerancia a la frustración era "natural", ya que la represión que se ejercía sobre el deseo desde temprano llevaba a poder esperar, ahorrar, hacer esfuerzos. La educación liberal alivió el exceso de represión, pero, en muchos casos, dio origen a jóvenes discapacitados para tolerar montos de frustración imprescindibles para no pasar la vida consumiendo el capital de sus padres, para no robar en función de consumir, para no tomar el atajo de las drogas, para tolerar horas de estudio u horarios de trabajo. Los jóvenes consumistas son educados de un modo que, décadas atrás, sólo podían permitirse los muy ricos y, en particular, los miembros de la nobleza a quienes el trabajo les estaba vedado. Ahora, una parte de los adultos de sectores medios y altos parece creer que puede darse el lujo de criar hijos sin tolerancia a la frustración, quizás porque realmente tienen mucho más dinero que lo que tenían los antiguos reyes o nobles y creen que con eso han solucionado todo, o porque, aunque no tengan mucho, ni siquiera suficiente dinero, tratar a sus hijos como a pequeños príncipes les hace sentir, ilusoriamente, que son muy ricos.

En países con alto nivel de vida y fuerte industria destinada al consumo juvenil, el fenómeno parece imparable y ha llevado a conclusiones bastante curiosas, tal como las que surgen de la investigación de un grupo de psicólogos que estudió a jóvenes de Milán, ciudad de las más ricas y consumistas de Italia. La investigación trató de determinar qué aportaba el consumo juvenil al sí mismo y sus representaciones. Lo describía como un verdadero suplicio de Sísifo, ya que apenas un ideal, una moda o un ídolo eran impuestos por los medios masivos pasaba poco tiempo antes de que cayeran en el despresti-

gio. Consideraba que la cultura menos perecedera de los padres y la escuela debía actuar como una suerte de "contracultura", un antídoto ante el riesgo de poner en peligro el proceso de individuación propio de la adolescencia. Uno de los investigadores refiere su experiencia con docentes.

Después de la abolición de la nota que instituía una suerte de jerarquía dentro del aula y después del abandono por parte de la cultura de la escuela media de la obligación de todo el repertorio de selección de los más capaces, progresivamente apareció una nueva jerarquía ligada a la posesión de bienes de marca: la antigua figura del mejor de la clase por méritos escolares se habría visto sustituida por la del mejor de la clase por méritos merceológicos: el experto en consumos, el poseedor de mercadería sofisticada, hasta el punto de tener un poder casi hipnótico sobre los compañeros.

Después de una primera etapa, la preadolescente, en la cual el consumo se manifiesta desfachatado, aparece otra, en las escuelas superiores, denominada por los autores "posconsumista", en la cual las características del objeto son estudiadas a fondo, se compara rigurosamente entre productos muy semejantes, se considera el ahorro, la utilidad, la ventaja económica. Los investigadores sostienen que:

La elección del propio y personalísimo objeto de consumo, rescatado del archipiélago de miles de objetos posibles, es un acontecimiento importante y quizás positivo; debe ser posible comprender cuando el adolescente advierta en ese objeto de consumo la capacidad de reflejar efectivamente la propia nebulosa identidad personal.⁷

Los adultos, en este contexto, deberían aprender a diferenciar cuándo el consumo representa una regresión y cuándo se inscribe en el proceso de individuación. La diferencia, muy sutil por cierto, pasaría porque en el primer caso el consumo es una conducta simplemente imitativa al servicio de secundar las expectativas del grupo de perte-

"Gente como nosotros", lo mismo que se busca en las disco. Con carteles en letras fluorescentes, con vigilancia afuera y dentro de la misma pista, la bailanta despliega la música tropical. Como en las disco, la noche empieza "haciendo puerta" antes de entrar en ella, pero, a diferencia de las disco, en la bailanta entran familias. A diferencia de las disco, en ella se mezclan las generaciones y es un sitio de socialización, en el que se puede y se quiere conversar. En la bailanta se baila, se bebe y se charla, el nivel de sonido no lo tapa todo. El baile también tiene una forma más clásica: se baila con mayor contacto del cuerpo, sobre todo los temas "melódicos", que están especialmente dedicados al contacto corporal.

Tolerar la frustración en la posmodernidad

La era posindustrial sustituyó el ahorro por el consumo, nos exige consumir constantemente, nos crea deseos nuevos, nos ofrece los insumos para satisfacerlos. Lo nuevo tiene valor por el mero hecho de serlo, porque se asocia a lo joven, porque se aleja de lo viejo. Se ha pasado de vivir ahorrando para el futuro a vivir al día apoyados en el crédito.

Cada generación tiene diferente cantidad de anticuerpos para esta situación, pero casi nadie queda afuera de ella, a menos que esté marginado del mercado por estar bajo la línea de pobreza. El pasaje del consumo al consumismo ha cambiado tanto en los últimos cincuenta años que se podría adaptar la vieja frase: *dime cómo consumes y te diré qué edad tienes*. Así, nos encontramos con una generación vieja, o en camino de serlo, que ha crecido en el ahorro, en un consumo restringido, en el cuidado de lo que tiene y en el aferrarse a las posesiones. A ella, el consumismo la fue incluyendo con cierta dificultad, pero hay una tendencia a considerar más "sanos" o "vitales" a aquellos que muestran cierta tendencia a aceptar las reglas del mercado, dejándose llevar por el último detergente o la gaseosa de moda.

La generación hoy adulta está a caballo entre una educación decimonónica y el descubrimiento del consumo juvenil con el toca-

discos Winco, el *jean* y el calzado deportivo. Adultos que fuimos criados con pocos juguetes, porque los niños no se consideraban un gran mercado de consumo por entonces y porque el ahorro regía las vidas, nos enloquecemos ante vidrieras bien surtidas y compramos de más a nuestros hijos para no ser "malos", como sentimos que fueron nuestros padres al privarnos. Adultos que fuimos vestidos como pequeños adultos nos entusiasamos con ropas informales, cómodas, juveniles, que nos sirven para disfrazarnos de jóvenes eternos. Pero muchos de los adultos actuales tenemos la ventaja de haber aprendido a ponernos algún límite. Y así, algunas madres consumen todo tipo de dieta, pero no siguen sin parar hasta el extremo de la anorexia, como sus hijas adolescentes, o bien algunos padres y madres beben alcohol, pero no con la característica de descontrol que ha adoptado masivamente la bebida en los jóvenes, o bien algunos padres comen golosinas, pero pueden vivir sin ellas, cosa que sus hijos pequeños no aprendieron a hacer.

Para comprender el proceso por el cual los seres humanos aprendemos a postergar la satisfacción de nuestros deseos, a tolerar la frustración, debemos enfocar al niño desde su nacimiento. Nacemos exigiendo satisfacer deseos, a los gritos. Esto lo hemos hecho siempre y lo seguiremos haciendo, lo que ha ido cambiando es la respuesta que encontramos del otro lado. La sociedad decimonónica apuntaba a sostener la sobriedad, la actual no. Y esto ha alterado la vida del niño desde el nacimiento. Hace algunas décadas, se apeló al psicoanálisis mal interpretado para sostener que no debía traumatizarse al niño y, por lo tanto, se consideró bueno satisfacer sus deseos y demandas, partiendo del supuesto de que el bebé sabría controlarse sólo. Quizás el bebé humano pudiera llegar a hacerlo si del otro lado no tuviera adultos que disponen de infinidad de insumos y que, además, quieren dárselos para convertirse en ídolos de ellos. Pero, en las condiciones actuales, el bebé cae en la obesidad aunque no aumente excesivamente de peso, se trata de un sobrepeso de satisfacciones innecesarias que no ayuda a coartar una visión omnipotente de sí mismo y no da herramientas para sobrevivir cuando los deseos no pueden ser satisfechos o no lo son tan rápidamente como él espera.

Los docentes de educación preescolar saben de este tema. Y los más viejos han visto cómo ha evolucionado. Cuando el proceso comenzó, los niños estaban expuestos a más oferta, pero tenían un marco familiar que los limitaba bastante. A medida que pasaron las décadas, se convirtieron en padres ellos mismos e impusieron menos límites. Actualmente, llegan a los jardines de infantes niños con pocos o ningún límite y padres que piden a la institución ayuda para ponerlos porque ellos no pueden. No pueden con un niño de dos o tres años, lo que realmente permite hacer un pronóstico ominoso para el futuro adolescente.

Uno de los objetivos básicos de la educación preescolar es la socialización del niño. Pero la escuela no puede suplantar lo que la familia no ha dado. Puede profundizarlo, puede presentarse como un lugar diferente de la casa, en el cual el niño tiene que aceptar otra autoridad que la de los padres y otros compañeros de juegos que no sean hermanitos, primos o vecinos. Aprender a esperar para subir al trepador, aprender a compartir las galletitas, tolerar las diferencias, considerar al otro, aprender a conocer las propias limitaciones, son habilidades indispensables para la incorporación posterior de ese ser humano a la sociedad que el jardín de infantes desarrolla, potencia. Pero cuando el niño llega sin pauta alguna, preso de un narcisismo primitivo que le hace seguir creyendo ser el centro del mundo, agresivo ante cualquiera que limite su deseo, incapaz de convivir con otros, la escuela es prácticamente impotente y la responsabilidad la tienen los padres que han creído que criándolo de manera "natural", sin frustraciones, y exponiéndolo a todas las satisfacciones y tentaciones "artificiales" que crea el mercado, han ocupado bien su lugar.

Cuando ese niño crece y se convierte en adolescente, inevitablemente descubre que, por ricos que sean sus padres, ya no pueden darle todo lo que necesita, o bien que todo eso no le sirve si no lo consigue por sí mismo. Y su incapacidad para tolerar frustraciones, dramáticamente, no hace más que llevarlo al fracaso. Cree que puede aprender a tocar la guitarra sólo agarrándola de vez en cuando; cree que será querido sin tener que hacer el esfuerzo de considerar al otro. A medida que las frustraciones se juntan, el adolescente que ha

logrado cierta independencia y capacidad para buscar sus propias soluciones tiene un camino abierto: las drogas. Drogarse es el gran atajo ante la frustración, mientras lo hace no sufre, no siente su falta de logros, nadie le pide que considere a los otros, vive en un mundo virtual semejante al que le crearon los padres en la infancia. Y lo peor es que no tiene ningún arma para controlar ese consumo de algo que le da tanto placer, que le evita el menor dolor rápidamente. El "amigo" traficante hace el papel de padre/madre que suministró todo lo que se pedía o de lo que ni siquiera se llegaba a pedir por saturación de oferta. Los compañeros de adicción son personas que no lo molestan con exigencias, excepto que haya conflicto por la posesión de la droga, el bien de bienes. Lo que el grupo familiar no dio, muy difícilmente puede proporcionarlo un sitio de internación y, muy a menudo, la condición *sine qua non* para lograrlo es que ese joven llegue a un punto muy cercano a la autodestrucción y cobre así, sobre el límite, conciencia de sus límites.

Una faceta particular de la intolerancia a la frustración y los conflictos entre jóvenes y adultos ha sido puesta de manifiesto por la irrupción del sida. Prevenirse supone conocer los límites, renunciar a la omnipotencia del "a mí no me va a pasar", aprender a postergar placer si es necesario o aceptar que no pueda lograrse como se espera. Se ha focalizado mucho este tema en los adolescentes quienes, aun habiendo desarrollado normalmente cierta tolerancia a la frustración, viven una etapa de incremento de la omnipotencia. Está bien que sea así, pero parece dejarse algo importante de lado. La generación más reacia a aceptar cuidados con respecto al sida en la relación sexual es la adulta que hoy tiene entre 40 y 60 años. Y esto es así porque constituye la generación que vivió su adolescencia y juventud en esos pocos años de la historia de la humanidad en los que no hubo miedo a las enfermedades venéreas ni a los embarazos. Lo que llevó a que, a partir de entonces, las enfermedades venéreas no hicieran más que aumentar. Esa generación creció pensando que el preservativo era una "vejez" que atentaba contra el logro máximo de placer. Hoy son los encargados de educar y publicitar las paútas para la prevención del sida y no resulta extraño que muchas veces no logren hacerlo

demasiado bien, ya que no parecen estar muy convencidos de lo que dicen de la boca hacia fuera. Los más jóvenes, en cambio, desarrollaron su sexualidad con el sida presente y crecieron con un preservativo en el bolsillo del *jean*, más allá de que a menudo olviden o decidan no usarlo.

Con respecto a la frustración, cada generación muestra sus falencias de acuerdo con lo que le tocó vivir en momentos decisivos para su formación. Lo que resulta bastante claro es que no es cierto que los adultos sepamos siempre controlarnos o cuidarnos y los jóvenes no. El corte pasa por cómo nos ha atravesado la falta de tolerancia a la frustración en diferentes aspectos o momentos decisivos de la vida.

¿Cómo los vemos?

Nosotros, los adultos, hemos cambiado, y dentro de esos cambios se incluye el modo en que miramos a los jóvenes y nos vemos a nosotros mismos. A grandes rasgos, la población más tradicional tiende a proyectar sobre ellos sus miedos ante cualquier cambio cuando los caracteriza como peligrosos, violentos, caóticos, sucios. Los adultos - adolescentes proyectan su envidia y sus deseos de mimetización bajo la forma de la idealización, al presentarlos como los únicos creativos, hermosos, libres, expresivos. Los adultos inseguros alternan temiéndolos o amparándose en ellos. Pero, entre estos extremos casi caricaturescos, la realidad de los jóvenes es mucho más rica. Y las formas en que los adultos los mostramos, también.

En un libro destinado a describir a los jóvenes, y en particular a los jóvenes "interesantes", aunque no quede muy claro qué se entiende por tales, diversos autores volcaron su opinión y, al hacerlo, dejaron traslucir mucho sobre ellos mismos como adultos. En su capítulo, Mempo Giardinelli se ocupa de crear reglas para un supuesto Mempo adolescente:

Si quien firma este texto fuera hoy un adolescente y no tuviera la experiencia que tiene, su primera regla de vida sería esta: no quie-

ro que nadie me dé lecciones de vida: la vida de los demás es de lo demás y la experiencia de los otros a mí no me importa en absoluto. La puedo observar si se me da la gana, pero eso no significará en ningún caso que yo deba ser como los otros, y mucho menos como otros quieren que yo sea. (...)

La segunda regla sería la siguiente: no permitiré que nadie coarte esa libertad ni que cuestione mis decisiones; mis equivocaciones serán mías y me las bancaré solito y como mejor me convenga.

Y la tercera: voy a salir a buscar mis oportunidades para hacer la vida que quiero y querer la vida que hago.¹¹

Obviamente, Giardinelli no se ubica en el lugar tradicional de adulto que piensa que tiene algo que transmitir, y debe hacerlo, a los jóvenes. Se ubica en el lugar de alguien que seguramente recibió, o sufrió, tales "lecciones de vida" y no querría haberlo hecho. Y aconseja a los jóvenes no escuchar a nadie más que a sí mismos. Aquí se manifiesta claramente una de las consecuencias de los rápidos cambios que hemos vivido. Este autor sigue reaccionando contra los adultos que más que aconsejar imponían una forma de vida, como si esa forma de actuar fuera la única vigente, como si estuviera tan vigente. Habla como si todos los jóvenes siguieran tan sometidos a la autoridad parental como lo estuvieron generaciones anteriores, a quienes tales "lecciones de vida" les eran difíciles de evadir por la autoridad que las sustentaba. Defiende el "derecho" a equivocarse solo, evitando la "sobrepotección" que resultaba de diseñarle la vida al hijo o a la hija en otras épocas. Pero se produce un anacronismo en estas reglas y cabe preguntarse cómo escucha este mensaje un adolescente cuyos padres, en su inseguridad, no saben qué transmitirle o, en su adolescencia eterna, lo han dejado siempre solo, sin consejo ni norma alguna. Para ellos, Giardinelli consagraría su abandono vistiéndolo de libertad.

Por otra parte, en una suerte de confesión, Giardinelli termina por describir su actitud como más infantil que la de sus hijas:

Características como la omnipotencia, la escisión extrema que lleva al fanatismo, la idealización sin fisuras, que han sido descriptas como propias de la adolescencia, son aquí desvirtuadas con el peyorativo nombre de "seniles". Los jóvenes deben conocer sus limitaciones, ser humildes y tolerantes. Seguramente, sería más saludable para los jóvenes y más cómodo para los adultos que esto ocurriera, sólo que implica borrar de un plumazo la adolescencia entendida como proceso en el cual, con dificultad, se podrá llegar a desarrollar tales características.

Pero el mismo Kovadloff desconfía de que esto llegue a ocurrir, dados los adultos actuales.

Lo que acaso sea cierto es que, a fines de este siglo, quienes están llamados a cumplir función de padres y orientadores no parecieran contar con un repertorio de convicciones demasiado sólidas como para ejercer su papel con la transparencia necesaria. Daría la impresión, más bien, de que aspiran a parecerse más a sus hijos que a ellos mismos y, siendo así, que no ofrecen a éstos una contraparte clara de la que ellos puedan diferenciarse con nitidez.

(...) El curso de los hechos, aquí y en otras partes, ha aproximado, en términos de inestabilidad afectiva, el perfil de padres e hijos, y la templanza ya no es, como otrora, una virtud fácilmente discernible en los adultos.

El autor recurre a términos como "otrora" y "templanza", que parecen dar cuenta de su conciencia con respecto a que lo que pide a los adultos será considerado una antigüedad.

Adultos vistos por jóvenes

Las opiniones de los adolescentes acerca de los adultos varían según quienes sean los adultos en cuestión y quienes los adolescentes. Pero, en términos generales, la cultura adolescente rechaza a los adultos tradicionales tildándolos, no importa sus matices, de autoritarios.

El rechazo es fuerte y puede ir desde la rebeldía directa hasta lo que aparece quizás como más común, una cierta adaptación superficial para evitar problemas y, de fondo, el rechazo.

Los hijos de familias tradicionales expresan las mismas quejas que la generación anterior hacia sus padres: falta de comunicación, excesiva rigidez en las formalidades, especialmente en horarios, limpieza y orden; antiguo sistema de premios y castigos; falta de consideración por la opinión de los hijos; injusticias sostenidas por autoritarismo. Como ya se ha dicho, estos adolescentes están en peores condiciones que las que tuvieron sus padres y abuelos porque tienen a la vista otros jóvenes que viven con mucha mayor libertad, situación desconocida en generaciones anteriores. Pueden sentir vergüenza por su situación cuando ésta queda de manifiesto ante amigos que tienen padres más liberales, pero también pueden incluirla en el imaginario juvenil dentro de los defectos generales de los "viejos", un mal común que todo adolescente tiene que soportar, una especie de impuesto a la vida.

El conflicto de los adolescentes con los padres tradicionales ha sido largamente estudiado, es más interesante analizar qué pasa con los hijos de los adultos-adolescentes. Teóricamente, serían padres ideales, "compinches", liberales. En una entrevista realizada al cumplir 15 años, la modelo adolescente, Nicole Neumann, hablaba de su madre:

—Estoy harta. Quiero que se vista de mamá. Siempre anda con corsé y cosas ajustadas.

—¿Sentís que tu mamá se viste como vos?

—No. No creo que compita conmigo. Pero a veces nos estamos vistiendo y con mi hermana (menor, también modelo) le empezamos a gritar: "¡Mamá! ¡Vestite de mamá!"¹²

Considerando que a Nicole, a los 15 años, se le atribuían novios de más de 20 y, por la misma época, a su madre alguno de alrededor de 30, el acercamiento entre ambas superaba la cuestión de la ropa.

En la misma línea, el psicoanalista Luis Kancyper transcribe la opinión que un paciente adolescente tiene de su padre:

Mi papá es un 'pendeviejo'. Se la pasa compitiendo conmigo en la ropa, en el corte de pelo, en los deportes y hasta con las minas. Pero para mí es un 'padre cucharita' porque no corta ni pincha. (...) Mi papá se pone en nuestro nivel. Yo parezco una persona adulta y él parece un pendevejo, parece mi hermano. (...) Yo no quiero un padre-hermano, quiero que cumpla el rol de padre. Quiero que sea más serio. Siento que está invadiendo lo que me pertenece. No me gusta la competencia con él. Yo siento que él la provoca. Él tiene 52 años y nos hace sentir que somos tarados, y con ironía nos dice: "Yo corro ocho kilómetros y ustedes no hacen ningún deporte". (...) Algo pasa que mis hermanos y yo nos borramos del club y que, además, ninguno de nosotros está en pareja. Él se cree que es el más piola. Me avergüenza mi papá.¹³

La vergüenza es un sentimiento común a ambas declaraciones. Tener un padre que trata de ser adolescente cuando ya no tiene edad para serlo es vergonzante. Porque el padre en cuestión hace el ridículo creyendo que no se le nota la edad y porque se desubica de su lugar. Pero bajo la vergüenza aparece también la sensación de abandono, o el abandono real, porque no hay adulto acompañando al hijo sino un aparente "igual" que compite en el mismo terreno, y sentimientos de odio porque ese igual no es tal, sino que es alguien que compite deslealmente. La deslealtad reside en que una persona que se mantenga bien físicamente entre los 40 y 55 años y haya acumulado toda la experiencia de la edad puede ganar alguna de las competencias que se producen con los más jóvenes; puede gustar más y puede seducir más gracias a su experiencia. Pero también porque es muy difícil para los jóvenes competir con sus padres de igual a igual y es posible que abandonen el terreno -por ejemplo, el club- para evitarlo.

Charly García hablaba, en un reportaje, acerca de los padres que se niegan a asumir el rol y el efecto que generan en sus hijos:

Ch. G.: No sé, yo conozco algunos tipos de mi edad que son más pendejos que los pendejos. Y al revés.

P.: Bueno, también hay hijos que son un poco padres de sus padres, ¿no?

Ch. G.: Claro, claro. Eso me pasa un poco con Miguel. Él me cuida a mí. Eso está bueno, pero...

P.: alguna vez dijiste que no te imaginabas educando a nadie. ¿Pensás que se aprende a educar a los hijos?

Ch. G.: No, realmente no tengo la menor idea de cómo se hace. Aprender no se aprende. Además, no me veo comprando la revista «Hijos». Yo creo que Miguel se educó solo. Bah, cuando estuvo con la madre, lo educó un poco ella. No consiguió mucho. Y desde que está conmigo pasó toda la transición a la adolescencia, cambió muchísimas veces. Que sé yo, de ser completamente cibernético, con computadoras y eso, se le dio por las armas, tenía millones de armas, quería matar a todo el mundo. Ahora está un poquito más calmado y entró en la onda (Jim) Morrison, tipo "Ahora todo es una cagada, antes todo era mejor".¹⁴

Por su parte, los adultos inseguros pueden provocar diferentes sensaciones a los jóvenes, pero la más frecuente es la de confusión. La confusión deriva de los cambios abruptos de conducta, que van de un extremo a otro del amplio campo de posibilidades, y ante los cuales los chicos no saben nunca demasiado bien a qué atenerse o, por el contrario, se hacen expertos en manejarlos. A los niños más pequeños, los padres inseguros los enfrentan a decisiones que ellos mismos se sienten incapaces de tomar y que sus hijos no pueden asumir, lo que genera violencia. Cuando a un chico de pocos años se le propone decidir si prefiere salir un día de la semana con el padre o con la madre, se le está planteando un conflicto excesivo que alivia a los padres de la decisión y que lo expone a un sufrimiento que no pocas veces aparece con manifestaciones incontrolables en su conducta.

La inseguridad de los padres produce también inseguridad y molestia en los hijos ante la falta de un marco medianamente claro. A veces, los adultos inseguros adoptan una fachada conservadora para protegerse, fachada que se quiebra fácilmente; otras veces, se disfrazan por un tiempo de "compinches", imagen que tiene corta vida, toda vez que las situaciones pueden escapárseles de control. En el

Democracia en la familia

Cualquiera sea el estilo que adopte la familia o la escuela -más tradicional, más adolescente, más inseguro-, lo que no puede dejar a un lado es que tiene que tender a una mayor democratización. Salir de lo meramente declarativo, en lo que se refiere a la democratización de cualquier institución, requiere mucho más tiempo de lo que se supone o de lo que se está dispuesto a tolerar. Cambiar conductas, formas de organización, cuotas de poder, no es algo que se termine al ponerlo negro sobre blanco. Apenas comienza. Y a menudo, cuando se supone que se ha logrado un cambio en la forma de actuar, aparece cierta inercia residual que impide concretarlo efectivamente.

¿Cómo pasar de la familia centrada en el hombre a otra en la que sus miembros puedan participar democráticamente? Una condición esencial debe ser la de reconocer que ambos adultos iniciadores del grupo familiar son iguales y, por lo tanto, con los mismos derechos para ejercer las tres funciones: ejecutiva, legislativa y judicial. Tradicionalmente, se le adjudicó a la mujer incapacidad parcial para esta tarea, fundamentándose en que tenía menor edad que el hombre con el que solía convivir, menor educación, o en su imposibilidad de trabajar fuera de la casa, o en su tendencia a privilegiar lo afectivo sobre lo racional. Todos estos prejuicios han ido cayendo a lo largo del tiempo y con no poco esfuerzo, por lo que nada actualmente permite suponer una asimetría "natural" en desmedro de las mujeres. Pero que la igualdad se efectivice en el interior de la pareja no resulta sencillo. El aporte y el uso del dinero de manera conjunta, el considerar los partos de la mujer o los desempleos del marido como cuestiones comunes que ambos deben y pueden encarar, supone un cambio de mentalidad difícil de superar, excepto cuando las condiciones económicas críticas golpean de cerca.

La aparición de hijos no sólo afecta las posibilidades laborales de la madre en los primeros tiempos. El aumento de los gastos, la derivación de buena parte del ingreso hacia los hijos en vez de dirigirla hacia el placer de los padres, desencadenan aspectos infantiles que el auge consumista de fin de siglo XX no hizo más que acentuar. Fuer-

tes aspectos egoístas e intolerancia a la frustración pueden aparecer en los padres cuando los gastos aumentan y disminuye la disponibilidad de dinero para sus deseos o necesidades. En una sociedad en la cual se valora a los otros por lo que consumen, en la cual consumir es un ejercicio cotidiano y una diversión de fin de semana, en la cual no se ejercita para la postergación del propio placer sino para la satisfacción inmediata, los hijos aparecen como un freno, a veces, insoportable.

El crecimiento de los hijos propone nuevas situaciones, como la de evaluar en qué medida pueden y/o deben participar del manejo de dinero. La mayoría de las familias que pueden hacerlo acepta dar algún dinero a sus hijos desde la pubertad o aun antes para que administren algunos gastos personales. Lo que llama la atención es que, a veces, esas cifras son significativamente altas, incluso en sectores medios. Esto también ocurre en hijos de divorciados. cuando uno/a de los padres controla el dinero y la otra o el otro lo da en exceso para ganarse al chico. Estas actitudes infantiles de los padres crean conflictos serios en los chicos, haciéndoles vivir en una situación irreal mientras carecen de elementos para salir de esas trampas. En el otro extremo, las familias que intentan reeditar la educación tradicional, en la cual aún los hijos adolescentes casi no tenían acceso al dinero, provocan mentiras, pequeños robos, actitudes mucho más serias e indeseables que un manejo controlado de aquél. En las familias de menores ingresos se pueden generar injusticias de diverso orden: o bien los padres se sacrifican más allá de lo razonable para dar gustos innecesarios a sus hijos o bien exigen a sus hijos que hagan los esfuerzos para darles a ellos más de lo que es justo que reciban.

La democratización de la familia supondría un lugar equivalente para ambos miembros de la pareja y, con el crecimiento de los hijos, el acceso de éstos a la toma de decisiones. En los sectores medios, la idea de que los hijos no trabajen mientras estudian, con el fin supuesto de garantizar mejores resultados académicos, ha llevado a que no se estimule ningún trabajo rentado en edades en las cuales los jóvenes ya están habilitados para hacerlo. El argumento es muy semejante al que se usa para desestimar el ingreso al mercado laboral de la mujer, madre de hijos pequeños: para qué usar, con poco rédito, tiem-

po que debería dedicarse al estudio (o al cuidado de los niños) mientras el padre (marido) sostiene a todos y, básicamente, mantiene su imagen omnipotente. Cuando estos jóvenes finalmente se enfrentan al mercado laboral, no tienen la menor experiencia de lo que significa buscar, conseguir y mantener un trabajo. Han crecido en una burbuja dentro de la cual la realidad entra poco y nada, a diferencia de los chicos de sectores populares, que nunca han podido mantener a raya una realidad que interfiere permanentemente con sus proyectos de crecimiento individual. Muchas familias de sectores medios creen que, la aptitud de sus hijos para ser exitosos en el futuro no depende de la capacidad de esfuerzo que consigan desarrollar, sumada a sus talentos y a lo que la realidad les presente como posibilidades, sino a lo que ellos puedan darles como base de estudios y los diplomas que sumen. Los padres se sienten en la obligación de dar lo mejor, a menudo lo más caro, de exigir lo menos posible fuera del estudio. El mundo del trabajo, a contramano, ofrecerá mucha exigencia y poca retribución, lo que para ciertos jóvenes se convertirá en un obstáculo insalvable para introducirse en él. En las familias de menores recursos, en las cuales es indispensable la colaboración de los hijos en las tareas domésticas o, cuando crecen, en el aporte de dinero de su trabajo, la situación es más democrática, ya que todos hacen el esfuerzo y aprenden a respetar el de los demás. También se prepara mejor para el mundo externo a la hora de salir a trabajar.

Permitir que los hijos aprendan a decidir no sólo en el manejo del dinero es básicamente una cuestión de limitación de los campos de decisión. Un niño de un año puede decidir con qué jugar, pero no con qué vestirse; uno de tres puede decidir con qué vestirse, dentro de ciertos límites que tienen que ver con la época del año o la ropa a disposición, pero no puede decidir a qué hora dormirse. La educación demagógica hace creer que se permiten tomar más decisiones de las que efectivamente se dejan tomar; la autoritaria no deja decidir casi nada; la insegura transmite tanta ansiedad que tampoco ayuda a decidir bien. Un adolescente debería llegar a ser alguien capaz de regularse sobre la base de sus propias decisiones en ámbitos como el del estudio y sus relaciones sociales. Llamativamente, han aparecido en las últimas déca-

das padres que quieren estar al tanto de todos y cada uno de los pequeños conflictos sociales de sus hijos, saber todo lo que ocurre con sus amigos como si fueran propios, y otros que consideran que los estudios secundarios e incluso los universitarios requieren de ellos haciendo resúmenes, buscando bibliografía, pagando profesores particulares en una sobreprotección que no les deja crecer.

Con respecto a la función legislativa, parecen ser pocos los adultos no tradicionales que asumen la necesidad de ocupar parte de su tiempo en pensar, discutir y acordar normas, y muchos menos los que incentivan en sus hijos la capacidad de hacerlo para la convivencia con sus pares (hermanos, por ejemplo). Los tradicionales tampoco promueven que sus hijos elaboren normas de convivencia propias, esperan que acepten como naturales las que ellos imponen. La importancia de las normas es clara para todo niño y joven que sabe que no existe deporte ni juego que pueda desarrollarse sin ellas. En los grupos adolescentes surgen también pautas con respecto a cómo relacionarse entre ellos: está mal sacar la pareja a amigos, puede estar mal incluso relacionarse con el ex o la ex de amigos. Sin embargo, esa aceptación de pautas -no pocas veces muy duramente sostenidas- no se transmite a otros aspectos de la vida donde siguen siendo imprescindibles, por ejemplo, la familia o la escuela. Básicamente, porque no aparece allí una autoridad reconocida por los jóvenes para proponerlas o porque las pautas que aparecen son vistas como anacrónicas, ineficientes o imposibles de cumplir.

La familia y la escuela se encuentran con la necesidad de elaborar y reelaborar pautas de acuerdo con los rápidos cambios culturales. Esto mismo puede desacreditar su autoridad si por ésta los adultos a cargo entienden una suerte de capacidad divina de saber de una vez y para siempre lo que deben hacer. Por el contrario, la autoridad no se corroe si se la plantea basada en una mayor experiencia y saber, pero con la capacidad de aceptar ajustes y correcciones en sus decisiones. Los hijos deben ir incorporándose a la discusión y acuerdo de las normas en la medida en que tengan capacidad crítica para hacerlo. El objetivo es que las normas se acepten por acuerdo, para lo cual el punto de partida es que los padres acuerden entre ellos y que lo-

gren explicar razonablemente, a sus hijos en edad de comprender esos razonamientos, los fundamentos de ellas. Hemos pasado de padres que jamás daban ninguna explicación, porque darla era una pérdida de autoridad, a padres que intentan razonar con largos y complejos argumentos con niños incapaces de hacerlo por su poca edad. Dar argumentos imposibles de comprender es una manera de no explicar o bien de desautorizar el razonamiento en sí.

En cuanto a la función judicial, evitar las injusticias no resulta tarea fácil. Estas pueden darse por razones coyunturales o crónicas. Cuando nace un nuevo bebé o cuando algún miembro de la familia está enfermo, es inevitable que la atención y el cuidado se desequilibren hacia esa persona. No parece fácil sostener que los niños tengan un natural sentido de la justicia; simplemente cuando estas situaciones ocurren reaccionan con celos naturales ante privilegios que han perdido. La situación es diferente cuando simplemente se privilegia a algún miembro porque sí. En estos casos, si las desigualdades son manifiestas y continuas, plantean una situación injusta que afecta no sólo por lo que provoca en sí misma a los menos favorecidos sino porque avala la existencia de situaciones injustas como naturales. Los deseos y fantasías inconscientes de los padres, depositadas en los hijos, generan diferencias que deben ser detectadas y controladas para evitar injustas consecuencias. Dividir para gobernar es un lema que no pocos adultos siguen utilizando para enfrentar y debilitar a los menores que les toca cuidar.

Quizás lo esencial de todo lo desarrollado en este punto se pueda resumir en que el ejercicio del rol adulto no puede realizarse espontáneamente, sin análisis ni elaboración, toda vez que hemos quedado sin modelo válido para imitar. Ser adulto hoy requiere dedicar tiempo a pensar qué adulto ser, cómo serlo; a detectar errores y corregirlos. Supone, por lo tanto, cierto esfuerzo en una época en que todo se resuelve por puro placer. Quizás eso explique por qué hemos desarrollado un tipo adulto novedoso que se caracteriza por negarse a ocupar el lugar. La otra consecuencia de lo anterior es que el buen funcionamiento de la escuela tiene necesariamente bases en una convivencia que defienda principios democráticos en la familia y en una actitud clara de los adultos que la conforman al ocupar su lugar.

Ser adulto

¿Cómo puede Júpiter estar sujeto a una esfera si hay estrellas que giran a su alrededor? La conclusión es que no hay andamios en el cielo, que no hay puntos de apoyo en el Universo.

Bertold Brecht, *Galileo Galilei*

La gran orfandad del siglo XX

En la segunda mitad del siglo XX, los adultos perdimos las últimas esferas celestes que parecían ser nuestro apoyo en el Universo. Las figuras parentales dejaron de ser el modelo a imitar, la voluntad resultó doblegada por un esquivo inconsciente, las grandes religiones fueron cuestionadas, las ideologías condenadas a muerte. Las mujeres ya no pudimos apoyarnos totalmente en los hombres, cuya imagen se había deteriorado, y los hombres perdieron cohesión para apoyarse entre sí. ¿A qué aferrarse? Hemos visto que algunos intentan congelar el tiempo y seguir imitando modelos que ya no se adaptan a la reali-

dad, generando violencia. Pero también hay otras opciones. Algunos adultos, unos cuantos, parecen haber optado por "a divertirse que se acaba el mundo" y se suben al carro del consumo de todo, de lo que sea, con o sin fondos para financiarlo. Esclavos de sus deudas, corriendo para pagar deseos nuevos, se sienten "libres". Viven a gran velocidad, porque al detenerse sienten vacío y angustia. Las modas los definen y los frustran porque a menudo no pueden evitar quedar marginados de ellas, lo que significa perder la propia identidad. Otros adhieren a cultos exóticos menos contaminados por la crítica del mundo occidental que las viejas religiones y que, en muchos casos, ni siquiera se denominan a sí mismos religiones, aunque actúen del mismo modo. Paradojalmente, a lo largo del siglo XX, la ciencia y la tecnología han tenido un desarrollo excepcional, pero, junto a ellas, el pensamiento mágico no hizo más que crecer reflatando antiguas creencias e inventando nuevas. Estos adultos ocupan mucho tiempo y no poco dinero en consultar a quienes se ofrecen para predecirles el futuro, quemar velas, inciensos, aromas, tirar cartas, piedras, leer fondos de café, en un afán por poner sus vidas en manos de cualquiera que no sea ellos mismos. Con un ánimo más "científico", otro grupo se aferra a profesionales y libros de autoayuda para encontrar apoyos que los alivien en la dura tarea de asumir sus propias decisiones.

Lo que no parece fácil de admitir es que la pregunta inicial sea inútil. No se trata de encontrar a qué aferrarse, sino de aceptar que no hay de qué aferrarse si lo que se espera encontrar es un modelo claro y preestablecido. Se puede creer en la ciencia, se puede tener fe religiosa, pero no se puede dejar de aceptar la falta de apoyo si por tal se entienden recetas para vivir o esferas que sostengan el Universo. Si los planetas no necesitan apoyo cristalino para girar en sus órbitas, ¿por qué necesitaríamos los adultos bastones para andar por la vida? Haber creado modelos rígidos y haberlos imitado consciente o inconscientemente durante siglos nos hizo creer que era "natural" tenerlos. Haber crecido guiados por consignas férreas nos llevó a ser ingenuos seguidores de directivas. La sensación de vacío que dejó esta pérdida es grande. Pero ¿es una pérdida real? La ausencia de

modelos rígidamente impuestos es la oportunidad para vivir con libertad. Tomar conciencia de esto debería ser una experiencia liberadora, que provocara la sensación de ser dueño de la propia vida, capaz de armarse a uno mismo sobre la base de lo que se ha recibido y lo que la realidad propone, sin tener que imitar un modelo único. Sin embargo, esto resulta ser, para muchos, fuente de enorme angustia.

Los adultos occidentales parecemos estar viviendo la adolescencia de nuestra larga historia. Durante siglos creamos autoridades fuertes a las que nos sometimos, en prolija escala descendente, hombres, mujeres y niños. En la segunda mitad del siglo XX, llevamos a la adolescencia al centro de la escena y nos quedamos, en mayor o menor grado, a vivir para siempre en ella. Con las mismas alegrías y conflictos que los jóvenes viven por el mero hecho de transitar esa etapa de la vida: la fascinación de la libertad y la angustia de sentirnos desprotegidos. Con capacidad para hacernos cargo de nosotros mismos, a veces. Así, la necesidad de responsabilizarse por otros, todos aquellos que siguen dependiendo de los adultos, como niños, adolescentes y viejos, resultó una carga pesada, algo que muchos prefirieron dejar de lado en aras de disfrutar todo el placer que la plenitud de las propias posibilidades ofrece. Nosotros vivimos nuestra adolescencia y ellos son los verdaderos huérfanos.

El conflicto que provoca la posibilidad de ser libre fue descrito ya hace muchos años por Fromm:

La estructura de la sociedad moderna afecta simultáneamente al hombre de dos maneras: por un lado lo hace más independiente y más crítico, otorgándole una mayor confianza en sí mismo, y por otro, más solo, aislado y atemorizado.¹

Si no se atrevía a optar por la libertad, el hombre tenía tres posibilidades: el *autoritarismo*, es decir, someterse a quien le mandara para evitar autogobernarse; la *destrucción*, que podía ejercer sobre cosas o personas y la *conformidad automática*, el tomar, sin análisis, elementos culturales para definirse, es decir, formar un seudo-yo producto de la masificación, en lugar de un propio yo. Fromm anticipaba así el crecimiento de sectas, el camino de las drogas y la violencia y la

uniformidad bajo el dictamen de los medios masivos. En ese miedo a la libertad también se alojaba la evasión del rol adulto. Se podía elegir renunciar a él en lo que se refería, sobre todo, a la responsabilidad sobre otros.

En el comienzo del siglo XXI, vistos los serios problemas que traen aparejadas estas salidas, cabría plantearse otra con características más maduras: asumir esa orfandad y emprender la creación de nuevos modelos adultos que sean libres y que permitan convivir democráticamente. Se trata de proponernos convertirnos realmente en adultos. Para lograrlo, un punto de partida imprescindible es determinar la necesidad de tal rol adulto.

¿Para qué el adulto?

Si una parte de la cultura ha abolido el rol adulto, cabe preguntarse si tiene buenas razones para hacerlo. Pero, tal como se habrá comprendido a partir del desarrollo anterior, esa postura que parece tan avanzada no sería más que un anacronismo. Cuando surgió como reacción contra el adulto clásico de nuestra infancia fue de vanguardia. Entonces era necesario romper el corsé asfixiante de una educación rígida, aplastante. Ahora representa algo así como un estado de "rebelión permanente", un monumento vivo a los años 60 que, para colmo, ha sido perfectamente integrado como objeto de consumo por la industria. Si bien es cierto que subsisten adultos tradicionales que caen en el autoritarismo -y esto no puede perderse de vista-, también es cierto que hoy conocemos los conflictos que aparece el renunciar a asumir responsabilidades ante niños y adolescentes o el hacerlo de manera insegura. Seguir pensando al adulto como si todos los problemas derivaran solamente de sus excesos autoritarios no nos deja ver con claridad los que derivan de la demagogia y también de la inseguridad.

Aprender de la experiencia debería ser una característica adulta. Durante siglos hemos comprobado los efectos aplastantes del autoritarismo sobre la personalidad. En las últimas décadas hemos com-

probado los efectos negativos de otras posturas. Hemos visto y vemos a diario qué pasa cuando un chico crece "libre de adulto". Enrique Pinti lo sintetizó con humor:

Debe ser mucho más fácil pagar la deuda externa sin provocar recesión que educar a su hijo. (...) Cuando veo a esos padres castradores y tiránicos (que los hay a pesar de la aparente permisividad de estos tiempos) castigando a sus hijos, como se ve a diario en la crónica policial, siento pena por la condición humana.

Cuando veo a esos padres que dejan a sus críos correr por confiterías, restaurantes, cines y teatros (en plena función, claro), gritando como marranos, ensuciando de chocolate y helado a cuanto cristiano se les cruce en el camino, encaprichándose con cuanto cosa absurda se les ocurra y rompiendo paciencias ajenas de gente que, al no haberlos engendrado ni parido, no debería sufrir las consecuencias de sus espantosos berrinches, siento que me brota un represor desde lo más profundo de mi ser y me nombro presidente del club de fans de Herodes.²

Es común haber tenido que pasar por la experiencia descrita por Pinti, tener que tolerar chicos que no saben convivir, que no respetan a otros, que creen estar solos en el mundo, que sienten que se les debe todo y sólo exigen. En la escuela estos chicos no aprenden porque no saben ni pueden hacer esfuerzos y tampoco dejan aprender porque crean un ambiente imposible de controlar para desarrollar una clase. Su educación ultramoderna no genera en quienes lo rodean más afecto que la que creaba la tradicional, genera odio. Criar un niño "libre" para después desear matarlo como Herodes resulta, por lo menos, inapropiado. Quienes optaron por esta modalidad de crianza lo hicieron, por lo menos conscientemente, con el fin de permitir mayor creatividad a sus hijos, tratando de no coartarles su capacidad de expresión. Si, por lo menos, esos chicos fueran mucho más creativos que el resto podría pensarse que, en alguna medida, la experiencia tuvo valor. Lo cierto es que eso no ocurre. Son tan anárquicos, les resulta tan imposible aceptar algún límite o tolerar algún error que su capacidad de aprendi-

zaje queda muy acotada y demasiado a menudo no adquieren las habilidades mínimas para desarrollar su supuesta creatividad. En los casos extremos son una permanente explosión agresiva, en los intermedios son seres que prometen mucho y logran muy poco. Con respecto a las motivaciones de los padres, muy a menudo parecen bastante evidentes algunas de tipo inconsciente que apuntan a dejar que sus hijos hagan lo que ellos no pudieron en su momento: madres y padres demasiado reprimidos en su infancia tienen cierta admiración por el "carácter" de sus hijos de uno o dos años que hacen berrinches y gritan a voz en cuello cuando desean algo. Admiración que ni siquiera perciben, pero que se manifiesta en no coartar, ni siquiera en grado mínimo, las explosivas muestras de fortaleza anímica de sus hijos. Con los años, apenas unos años después, aquello que les fascinaba se vuelve insoportable para ellos y para los que los rodean.

Con estos chicos hemos hecho la experiencia de haber criado a un ser humano casi vacío de cultura, a partir del principio de que el ingreso a la cultura, expresada a través de pautas y límites, era algo nocivo, una especie de tóxico que había que evitar. Y creímos que la naturaleza pura nos mostraría las verdaderas cualidades del ser humano, aquellas que habíamos sofocado por siglos. Llamativamente, esta experiencia se realizó cuando florecían los aportes del psicoanálisis y muchos de los padres que se sumaron a ella estaban bañados de subcultura *psi*. Sin embargo, no parecían creer en lo que habían o debían haber aprendido. Si se acepta que nuestro psiquismo asienta sobre pulsiones eróticas y agresivas, lo único que podemos esperar, cuando "limpiamos" de matrices culturales la crianza de un niño, es que éstas aparezcan en estado puro. Mucho más puro que cualquier grupo étnico de los que llamamos "primitivos", los cuales de infinitas maneras han desarrollado culturas que controlan esas pulsiones. Y lo interesante del experimento, dejando de lado lo lamentable y no poco importante de involucrar a niños en él, es que el ser humano en "estado puro" es insoportable para la convivencia y no tiene mayores posibilidades

de obtener logros propios. Podemos modificar nuestra cultura, hacerla menos coercitiva, no podemos anularla y seguir viviendo socialmente.

El problema es serio si se lo piensa desde los conceptos del psicoanálisis. La crianza de niños sin ciertos límites no permite que salgan del narcisismo dentro del cual han nacido. Crecerán sin limitar su omnipotencia, sin poder postergar la satisfacción de sus deseos, sin reconocer a los otros para desarrollar amor hacia ellos y sin capacidad para amarse lo suficiente a sí mismos como para cuidarse. En esa suerte de "estado puro", los únicos sentimientos que los habiten serán el odio y la envidia hacia los demás. Su incapacidad de sentir amor tampoco les permitirá recibirlo de los otros, por lo que sus sentimientos negativos primitivos no serán compensados, como se supone que debe ocurrir en el desarrollo normal de un ser humano. Tememos que el niño nos odie cuando le ponemos un límite, y la teoría y la experiencia sostienen que nos termina odiando - e incluso desarrollando incapacidad para amarnos - cuando no le damos una noción suficiente de límite que le permita vivir en sociedad.

En la escuela, las formas más graves de esta patología infantil se manifiestan en chicos incapaces de aprender por no poder aceptar ninguna autoridad por encima de ellos, ya que descalifican a los docentes junto a todos los que los rodean. Son despectivos hacia todo el mundo, suelen ensañarse con los más débiles entre sus compañeros y pueden reaccionar con inusitada violencia cuando alguien, un docente o un compañero, les señala un error. La incapacidad de aceptar y elaborar los propios errores les impide aprender cualquier cosa, lo que proponga la escuela o lo que deseen ellos. Los casos más graves aparecen en los diarios: chicos que atacan a sus compañeros porque su agresividad no ha sido matizada adecuadamente; chicos que matan a docentes porque les hicieron notar que cometen errores.

Educar a un chico supone permitirle caminar por la ancha banda que le permite el conocimiento de sus límites, sin mutilar su personalidad. Esto obliga al adulto a mantenerse dentro de ciertos límites y exige, naturalmente, que haya adulto.

Los adultos posibles

La crisis del modelo clásico de adulto permitió la aparición de nuevas variantes, todas posibles, todas con aspectos positivos y negativos. No se puede considerar único adulto posible al tradicional, ni al adolescente, ni al inseguro. La convivencia de los tres tipos enriquece el panorama mientras no caigan en los extremos de autoritarismo, demagogia y parálisis y mientras acepten realizar el esfuerzo de llegar a acuerdos para convivir. Aceptadas las variaciones, ¿qué define al adulto? ¿Qué lo diferencia del adolescente? Quizás todo se reduzca sólo a dos cuestiones sencillas de enunciar y muy complicadas de lograr: admitir la orfandad y superar el narcisismo infantil.

Puede decirse que los adolescentes viven cierta orfandad en la medida en que, para ellos, han desaparecido los padres idealizados de la infancia. La adultez debería ser la aceptación de esa situación. Esto supone hacerse cargo de la propia vida y hacerse cargo de otros, sean niños, viejos o ambos. Tomar las riendas de la propia vida resulta angustioso y tiende a postergarse, en una época en la que resulta claro que no hay modelos fuertes sobre los cuales apoyarse. Hemos creado y seguimos creando a diario sustitutos que nos permiten evitar la angustia, fantasear con puntos de apoyo para nosotros. Esto, lejos de alentarnos a crecer, nos lleva a una fuerte regresión, nos convierte en adolescentes eternos. También nos hace perder creatividad, nos quita la posibilidad de ser nosotros mismos. Debe quedar claro que tal orfandad no significa armarnos desde la nada. Por el contrario, significa saber que tenemos a disposición todo lo pensado y vivido por otros adultos antes que nosotros para elegir nuestro propio modelo para armar.

Aceptar la orfandad significa ocupar el rol adulto, no dar un paso al costado. Significa revalorizarlo y ubicarlo nuevamente como etapa necesaria a la que hay que llegar. Nos obliga a dejar de lado las recetas y asumir el trabajo de pensar en cada familia, con cada chico, qué queremos hacer. Comprar recetas, comer chatarra intelectual, es renunciar a desarrollar criterio pro-

pio, es hacerse adoptar por quien se ofrezca con tal de no depender de uno mismo. El abuso de los consejos y de la autoayuda genera mayor dependencia y nunca independencia de criterio. Las recetas sirven para superar una ocasión, pero no permiten desarrollar -por el contrario anulan- la capacidad de superar situaciones nuevas que se presentan a cada momento. Por otra parte, la riqueza de variaciones en las personas hace que esas recetas funcionen como un "lecho de Procusto" que tiende a desestimar las características individuales. Las recetas y los gurúes tienen el encanto de funcionar como lo hacían los padres del pasado, diciendo lo que "hay" que hacer, evitando la angustia de pensar y decidir por cuenta propia.

Aceptar que no hay camino sino que se hace camino al andar genera angustia. Y nuestra sociedad tolera mal la angustia. Parece ahogarse en ella, cualquiera sea su monto, pide ansiolíticos como si fueran caramelos. Sin embargo, tolerarla en cierta medida es el único motor del que disponemos para encontrar soluciones, para ponernos en movimiento. Por supuesto, para que esto ocurra debe mantenerse en un monto razonable, útil. Y a esto no contribuye que pretendamos ser adolescentes eternos. No contribuye, porque la imposibilidad de lograrlo sólo aumenta nuestra angustia.

Terminar nuestra seudoadolescencia supone reconocer nuestros límites. Qué podemos y qué no podemos. O qué pudimos y qué ya no podremos. Esto se relaciona con el segundo punto en cuestión, superar el narcisismo infantil que la adolescencia eterna fomenta en vez de limitar. Superar el narcisismo parte de la base de aceptar a los otros como diferentes a uno. Esto permite comprenderlos, ubicarse en su lugar, contenerlos. En los grupos humanos, supone tolerar las diferencias que naturalmente aparecen entre nosotros y, lo que es esencial, trabajar para llegar a acuerdos para la convivencia.

En el camino de superar el narcisismo hay mucha frustración que tolerar. Poder postergar placer en ciertas ocasiones, poder limitar placer en otras. No es algo que se adquiera en la adultez, debe comenzar en la infancia. Y debe existir necesariamente en el

momento de hacerse cargo de sí mismo y de otros. Entre las frustraciones a tolerar se encuentran los errores. El adulto clásico se presentaba como libre de errores y cuando éstos se descubrían la desilusión era intolerable para sus hijos. El error debe pasar a considerarse no sólo inevitable sino valioso. Uno de los defectos de la educación tradicional es haberlo convertido en una vergüenza marcada con rojo y no en una necesidad del aprendizaje. El niño quiere, mágicamente, hacer todo bien, como si fuera "grande" de golpe. Y se siente frustrado cuando no lo logra. El adulto tiene que poder aceptar que no nació sabiendo, que siempre tiene cosas por aprender y que, en ese camino, cometerá errores. Errores que no puede tapar sino incorporar para seguir adelante. El adulto tradicional se presentaba como "perfectamente adulto", un adulto actual tiene que aceptar que nunca lo será y no pretender ante los demás otra cosa. Porque seguirá arrastrando, para su propio bien, aspectos infantiles y porque nunca dejará de sentir angustia ante determinadas situaciones, o porque siempre se encontrará sin capacidad de solucionar otras. Ser adulto no significa ocultar esas limitaciones sino aceptarlas. Ser adulto no significa olvidarse de haber sido niño, sino poner los aspectos infantiles al servicio del placer, de la ternura, de la capacidad de juego.

Superar el narcisismo supone también revalorizar el rol adulto. Asumir que tenemos cierta autoridad para ejercerlo. No renunciar a la experiencia ni a los conocimientos para tratar de parecer joven y de obtener así un estereotipo socialmente valorizado, sino revalorizar lo acumulado a lo largo de los años. Implica dejar de lado el placer de pasar por joven y también tolerar las frustraciones producto de que los jóvenes no escuchen o entiendan lo que se les quiere transmitir o exponerse a sus críticas. Esto no es nada sencillo, ya que implica hacer frente a toda una cultura impuesta socialmente que va en sentido contrario. Pero ir con la corriente supone exponerse a irremediables sensaciones de vacío y a una frustración mayor en el mediano plazo cuando ya no se pueda ocultar lo irreversible, la edad. ¿Qué le queda a un adulto cuando renuncia a su experiencia y su saber? Nada, o por lo menos no seguramente

la juventud. Paradójicamente, rejuvenece mucho más intentar defender lo propio, aunque no esté de moda, aunque esté contra la corriente del mercado, ya que supone un cierto grado de rebeldía ante lo impuesto masivamente.

El uso de los conocimientos adquiridos y de la propia experiencia necesariamente diferencia al adulto del joven, ya que éste último cuenta con poco capital en este sentido y, a veces, su omnipotencia no le deja utilizarlo adecuadamente. Pero esa diferencia natural no significa distancia irremediable. Es cierto que la adolescencia actual se maneja con otros códigos y que muchos viejos conocimientos no son eficientes para ayudarlos, pero no es cierto que nada sirva, como si los seres humanos hubiéramos cambiado de raíz y dado a luz, en vez de a nuestros hijos, a una suerte de mutantes imposibles de comprender si no nos mimetizamos con ellos. La capacidad de prever basada en la propia experiencia y en el propio saber acumulado es una herramienta adulta imprescindible, de la que no se puede abusar ante los jóvenes, pero tampoco se puede, para rejuvenecernos, renunciar a ella y someterlos a situaciones que podíamos haberles evitado o ayudado a evitar. Si los adultos dejamos nuestro lugar y nos ubicamos en el de los jóvenes perdemos toda capacidad de previsión. Y lo que hacemos es consagrar ante ellos la imprevisión que deberían ir pudiendo superar. Lo adulto es aprovechar la experiencia y utilizarla para evitar repeticiones de lo negativo. Negar esa capacidad para parecer joven es una actitud suicida.

Asumir la orfandad y superar el narcisismo infantil suponen dejar a un lado el pensamiento mágico en sus infinitas formas. Pensamiento mágico que ofrece conseguir seguridad y amparo sin esfuerzo, sólo con piedritas de colores, energías estrafalarias, ondas inexistentes. El pensamiento mágico apela a lo más infantil de uno mismo, a creer que con la mente controlamos lo incontrolable, como podíamos ilusionar cuando éramos pequeños y totalmente impotentes ante la realidad. Ser adultos y seguir creyendo esto es ponerse a disposición de charlatanes y estafadores que sólo buscan controlar a otros para esquilmarlos. Donde estaba el pensamiento

mágico debe crecer el pensamiento crítico. Pero su desarrollo es, inevitablemente, lento y trabajoso, mucho menos placentero, mucho menos capaz de satisfacer en el corto plazo nuestra necesidad narcisista y de ofrecernos ilusiones protectoras. En el mediano plazo, el pensamiento crítico es seguramente mucho más protector y placentero en la medida en que produce logros reales, pero implica esperar, algo que la intolerancia a la frustración hace a menudo imposible. En este análisis no entra en juego la riqueza de los mitos u otros productos creativos del pensamiento mágico que son enormemente valorables como tales. Lo que no se puede es confundir la belleza de un mito con una visión mítica de la realidad. Parece comprensible que aumente el pensamiento mágico para tapar la angustia de la orfandad de tanto adulto, pero no es justificable que esto ocurra y debe admitirse que es un camino sin salida que sólo evita enfrentarse a la realidad.

El exceso de tolerancia a la frustración, la sobreadaptación, la adicción al esfuerzo, ya ha sido convenientemente estudiados como dañinos. Pero mientras unos cuantos sufren de este extremo, muchos otros parecen estar más expuestos al opuesto, a la incapacidad de tolerar frustraciones de ningún tipo, lo que lleva a abandonar cualquier esfuerzo o, eventualmente, ahogar la frustración en el abuso de drogas. Es importante considerar que muchos adultos actuales vivimos el pasaje de una sociedad de bajo consumo a otra altamente consumista. Nuestro rol no sólo implica tolerar frustraciones sino enseñar a tolerarlas en un momento de la cultura y del mercado que hará todo lo posible en sentido contrario. Y, para eso, debemos controlarnos nosotros mismos ante la tentación de darles a los chicos todo lo que hubiéramos querido tener. Y que a ellos llega a saturarlos. Debemos reconocer que somos una generación que se maravilla con lo que el mercado le ofrece y transmite esa fascinación a los más jóvenes, sin más límite que los recursos económicos. Lo habitual es que nuestros hijos sepan que algo no se puede porque no hay dinero, no porque en realidad "todo no se puede" o porque realmente muchas de esas cosas son inútiles o no deseables..

El mero hecho de criar hijos supone frustraciones, lo cual quizás explique en algún grado la disminución de los nacimientos en países muy desarrollados. Los hijos interrumpen carreras, dificultan el sueño, impiden moverse libremente, viajar, salir de noche. Cuidarlos es un trabajo para el cual la baja tolerancia a la frustración no ayuda. Deben esperarse dos meses para lograr que el bebé deje de ser un "llorante" para comenzar a ser un "sonriente". Y actualmente ese tiempo parece ser excesivo, dejando a un lado que esa sonrisa no es suficiente gratificación para muchos. Si personas con muy baja tolerancia a la frustración tienen de todos modos hijos por presión social o por satisfacción narcisística, es decir, por satisfacer otros objetivos que poco tienen que ver con el deseo de hacerse cargo de otro, en un mundo donde sigue siendo fundamental para esos niños que sus padres les dediquen tiempo y esfuerzo, el futuro de esos bebés no será muy grato.

Una red para la escuela

Como resultado de la crisis del lugar adulto, la escuela está sobrecargada. Se le pide que haga de adulto, olvidando que sus miembros son los mismos adultos, con los mismos conflictos que los de afuera de ella. Se le pide que socialice, que detecte problemas sociales y enfermedades, que ponga límites, que evite situaciones de violencia, que contenga afectivamente, que retenga, también que enseñe. La familia superada por la crisis del rol adulto delega cada vez más y la escuela desborda.

A la institución escolar se le ha sobreimpreso una imagen adulta omnipotente, se le hace creer que lo puede todo. Es la imagen de un adulto que puede tener un chico, pero no la que debe tener el propio adulto. La escuela debe cumplir un papel adulto sólo en el sentido de reconocer sus limitaciones y no pretender hacer más de lo que sabe y puede. Para poder hacerlo debe librarse de todas aquellas funciones que se le han ido sumando y, en tanto la familia no las haga suyas de nuevo, la única solución posible es confor-